

Cumbres Borrascosas

Emily Brontë



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
Wuthering Heights. A novel, by Ellis Bell

© De la traducción: Almudena Lería, 1998
© De la presentación y apéndice: Ana Isabel Conejo, 2018
© De la ilustración: Enrique Flores, 2018

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, mayo 2018

ISBN: 978-84-698-3620-0
Depósito legal: M. 8574/2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Cumbres Borrascosas

Emily Brontë



Traducción:
Almudena Lería

Presentación y apéndice:
Ana Isabel Conejo

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

EMILY BRONTË

Emily Brontë nació en Yorkshire (Inglaterra) en 1818, en el seno de una familia de origen irlandés. Su padre era pastor de la iglesia anglicana, y Emily fue la tercera hija de la familia. Tras la muerte de la madre a causa de un cáncer en 1821, las hermanas mayores de Emily, Charlotte, María y Elizabeth, fueron enviadas a un internado donde sufrieron maltratos y privaciones que más tarde fueron descritos por Charlotte en su novela Jane Eyre. Elizabeth y María murieron a consecuencia de las enfermedades contraídas en aquel colegio.

Las tres hermanas supervivientes, Charlotte, Emily y Anne, fueron educadas a partir de entonces por su padre y su tía, Elizabeth Brantwell. De niña, Emily era muy tímida y le gustaban mucho los animales, especialmente los perros vagabundos, a los que a menudo intentaba rescatar.

Las hermanas Brontë, junto con su hermano Brantwell, sustituyeron los beneficios de una educación formal por un amplio acceso a toda clase de literatura, incluyendo la obra de escritores románticos como Shelley, Byron o Sir Walter Scott. En sus ratos libres, los cuatro hermanos se entretenían escribiendo historias y creando mundos fantásticos. Uno de ellos fue el reino de Angria, y posteriormente, Emily y su hermana Anne empezaron otra historia ambientada en la isla imaginaria de Gondal, cuyos mitos y leyendas siguieron desarrollando las dos hermanas a lo largo de toda su vida.

A los diecisiete años, Emily comenzó a asistir a una escuela para señoritas en la que su hermana Charlotte daba clase, pero pocos meses después la falta de libertad y la nostalgia hicieron que tuviese que regresar a su casa.

En 1838, Emily se convirtió en profesora en un colegio de Halifax, pero las larguísimas jornadas de trabajo hicieron que enfermase y tuvie-



se que abandonar el trabajo en 1839. A partir de entonces no volvió a ejercer una profesión fuera del hogar, y se dedicó a las labores de la casa mientras aprendía alemán y piano de manera autodidacta.

En 1842, Emily acompañó a Charlotte al internado donde esta trabajaba como profesora en Bruselas, pero no logró acostumbrarse a la forma de vida de los belgas. No obstante, su estancia en Bélgica le permitió perfeccionar su francés y su alemán. La muerte de su tía precipitó su regreso a Inglaterra un año después. En 1844, las hermanas intentaron poner en marcha un internado, pero tuvieron que abandonar el proyecto por falta de alumnas.

En 1846, las hermanas Brontë publicaron conjuntamente una selección de sus poemas bajo diferentes seudónimos. El seudónimo escogido por Emily fue el de Ellis Bell.

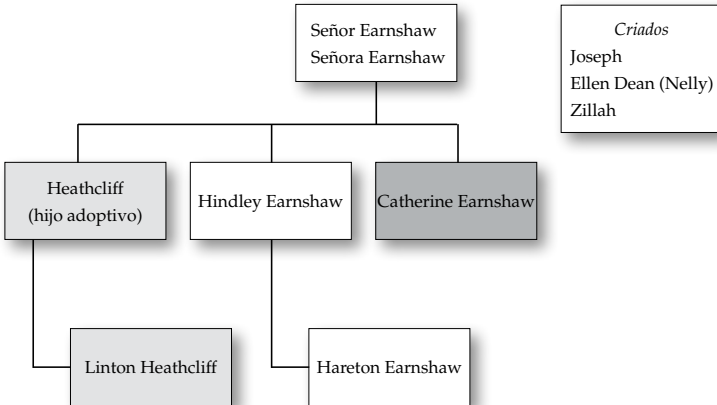
La única novela de Emily Brontë, *Cumbres Borrascosas*, fue publicada en Londres en 1847 por Thomas Cautley Newby bajo el mismo seudónimo que la autora había utilizado para sus poemas. La violencia y la pasión que impregnan la novela hicieron creer a los críticos que había sido escrita por un hombre. La supuesta amoralidad de la obra le granjeó, inicialmente, algunas críticas negativas, pero a pesar de ello la novela no tardó en convertirse en un clásico de la literatura inglesa. Emily Brontë no llegó a disfrutar de la celebridad y prestigio de su obra, ya que falleció un año después de su publicación, cuando contaba tan solo treinta años de edad.

Se conserva una carta de su editor que indica que Emily había comenzado a escribir una segunda novela, pero el manuscrito no se ha encontrado nunca. Es posible que ella o algún miembro de su familia lo destruyeran. El carácter tímido y retraído de la escritora hizo que muy pocas personas la conociesen íntimamente, y casi todos los datos que tenemos acerca de su vida, de su pasión por la naturaleza y los animales y sus dificultades para relacionarse con la gente, se los debemos a su hermana Charlotte, que fue su primera biógrafa, y que podría haber «suaivizado» algunos aspectos de la personalidad de su hermana de cara al público para evitar escandalizar a la sociedad burguesa de la época.

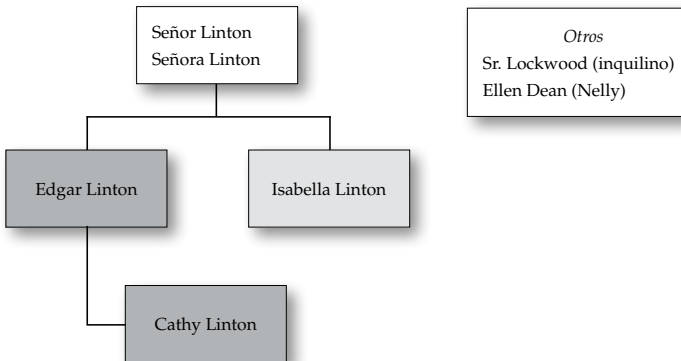
Ana Isabel CONEJO

PERSONAJES PRINCIPALES DE CUMBRES BORRASCOSAS

Cumbres Borrascosas



Granja de los Tordos



Nota de la traductora

Para esta traducción se han manejado las ediciones de Penguin Books Ed., Penguin Classics, 1965, reimpresión de 1993, y la de Portland House Illustrated Classics, Dilithium Press Ltd., 1987. La primera de ellas intenta ser una reconstrucción del texto original de Emily Brontë, publicada por primera vez en 1847 como *Cumbres Borrascosas. Una novela de Ellis Bell*, junto con *Agnes Grey*, de Acton Bell (Anne Brontë). La segunda sigue, sin embargo, la edición de la novela aparecida en 1850, tras la muerte de Emily, y para la cual Charlotte Brontë, además de corregir las erratas, rehízo la partición de párrafos, modificó la puntuación e incluso el texto en algunas ocasiones. Dentro de lo que es posible en castellano, cuyo sistema de puntuación no se corresponde exactamente con el inglés, hemos intentado respetar el estilo original que la autora quiso imprimir a *Cumbres Borrascosas*, aun cuando sus oraciones, a veces, resulten excesivamente largas para nuestros hábitos.

Capítulo I

1801.

Acabo de regresar de hacer una visita a mi casero, el solitario vecino con el que sin duda acabaré teniendo algunos conflictos. ¡Es realmente hermosa esta región! No creo que en toda Inglaterra pudiera haber encontrado otro lugar tan completamente ajeno al bullicio de los círculos sociales. Un auténtico paraíso para misántropos: y el señor Heathcliff y yo somos la pareja perfecta para repartirnos esta desolación. ¡Qué magnífico compañero! Poco pudo imaginar la simpatía que sintió mi corazón hacia él cuando, al acercarme a caballo, descubrí que sus negros ojos se removían suspicaces bajo las cejas y cuando luego, al presentarme, sus dedos se refugiaron con celosa resolución en las profundidades de su chaleco.

—¿Señor Heathcliff? —dije.

Una inclinación de cabeza fue su respuesta.

—Lockwood, su nuevo inquilino, señor. Me he permitido el placer de venir a verle en cuanto he llegado a fin de expresarle mi esperanza en que haber insistido tanto en ocupar la Granja de los Tordos no le haya supuesto una perturbación. Ayer mismo oí que usted tenía la idea...

—La Granja de los Tordos es mía, señor —interrumpió retrocediendo—. Y no permito que nadie me perturbe si puedo evitarlo. ¡Pase!

Pronunció ese «¡Pase!» entre dientes y como si estuviera diciendo «¡Váyase al diablo!»; ni siquiera la verja en la que se recostaba hizo movimiento alguno que apoyase sus palabras, y creo que fue precisamente eso

Misántropo:

Persona que huye del trato con otras personas o siente gran aversión hacia ellas.

Tordo: Pájaro cantor de pico fino, alas largas y cuerpo esbelto; anida en las copas de los árboles o en matorrales.



lo que me decidió a aceptar la invitación: sentí un gran interés por aquel hombre, que parecía aún más exageradamente reservado que yo.

Cuando notó que mi caballo empujaba con impaciencia la valla, sacó la mano para levantar la cancela y me precedió con cierta desgana por el camino.

—Joseph —gritó al entrar en el patio—, ocúpate del caballo del señor Lockwood, y trae vino.

«He aquí todo el servicio doméstico —imaginé al oír esta orden—. No me sorprende que crezca la hierba entre las baldosas ni que el ganado sea el único encargado de recortar los setos».

Joseph era un hombre de edad, es más, era un viejo, muy viejo, quizá, aunque robusto y vigoroso.

—Que el cielo nos ayude —murmuró para sus adentros con tono de disgusto mientras se hacía cargo de mi caballo; al mismo tiempo me miró con tal cara de vinagre que me apiadé de él al imaginar cuánto iba a necesitar la ayuda divina para digerir su cena, y decidí que su piadoso ruego no tenía una relación directa con mi inesperada visita.

Cumbres Borrascosas es el nombre de la residencia del señor Heathcliff. «Borrascosas» es un término significativo de la zona; se refiere a la agitación atmosférica que se produce en época de tormentas. Por aquí arriba deben de tener una constante ventilación natural, desde luego; no es difícil imaginar la fuerza con que el viento del norte sopla por estos parajes si uno se fija en la exagerada inclinación de unos cuantos abetos maltratados que hay al final de la casa, o en la fila de esmirriados espinos cuyas ramas se alargan todas en la misma dirección, como si anhelaran una limosna de sol. Afortunadamente, el arquitecto tuvo la previsión de construir un edificio sólido: las ventanas son estrechas y se encajan profundamente en el muro, y las esquinas están protegidas por grandes piedras saledizas.

Antes de traspasar el umbral, me detuve a admirar una serie de grotescas tallas que se distribuían por la fachada, especialmente junto a la puerta principal; sobre

Espino: Arbusto de ramas espinosas, flores blancas y olorosas y fruto ovoide de piel rojiza y pulpa dulce.



ellas, entre una mezcla de monstruos medio hundidos y de niños impúdicos, descubrí la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». Me hubiera gustado comentar algo y pedirle un resumen de la historia del lugar a su arisco propietario, pero su actitud ante la puerta parecía exigir mi inmediata entrada o mi marcha definitiva, y yo no tenía el menor deseo de agravar su impaciencia antes de haber inspeccionado el interior.

Un escalón nos condujo directamente al salón familiar, sin recibidor o pasillo previo: aquí lo suelen llamar «la casa». Generalmente incluye cocina y sala de estar, pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina se había relegado a alguna otra zona. Pude distinguir un murmullo de voces y el entrechocar de utensilios culinarios que llegaban desde el fondo, y observé que no quedaban señales de que se hubiera asado, cocido o guisado nada en la espaciosa chimenea. Tampoco descubrí el brillo de ningún cazo de cobre o espumadera de latón en las paredes. Sin embargo, en una de ellas se reflejaban perfectamente tanto la luz como el resplandor del fuego en las ordenadas hileras de inmensos platos de peltre, que se intercalaban con otras de jarras y vasos de plata, y así, fila tras fila, llenando un vasto aparador de madera que casi rozaba el techo. Este último no había sido revestido: toda su anatomía se presentaba desnuda ante los ojos de cualquier curioso, salvo en las zonas donde un bastidor de madera, en el que se acumulaban tortas de avena y montones de piernas de vaca, de cordero y jamones, la ocultaba. Sobre la chimenea había varias escopetas mugrientas, un par de pistolas de arzón¹ y, como adorno, tres latas de té de llamativos colores colocadas sobre la repisa. El suelo era de piedra blanca pulida; las sillas, de respaldo alto y estructura anticuada, estaban pintadas de verde, salvo una o dos negras y más sólidas medio escondidas en la penumbra. Bajo uno de los arcos del aparador estaba echada una gran pointer de pelo brillante, rodeada por

Peltre: Aleación de cinc, plomo y estaño utilizada antiguamente para fabricar objetos de uso doméstico.

Bastidor: Armazón que sostiene algo.

Arzón: Parte delantera o trasera de la silla de montar.

Pointer: Perro de caza de tamaño mediano, cabeza alargada y orejas caídas.

¹ Dos pistolas que, guardadas en las pistoleras, se llevan en el arzón de la silla de montar.



una camada de cachorros chillones. Otros perros de caza rondaban por las esquinas.

Ni la habitación ni los muebles hubieran tenido nada de extraño de pertenecer a un típico granjero norteño, casero, fornido y de semblante terco, de los que suelen llevar calzones hasta las rodillas y polainas. Un individuo así, instalado en su butacón, con una jarra de espumosa cerveza, ante su mesa camilla, se puede ver en cualquier recorrido de cinco o seis millas que hagamos por estas colinas, siempre que se llegue a la hora indicada, después de comer. Pero el estilo de vida del señor Heathcliff contrasta singularmente con su morada. Es un hombre de tez oscura que le da un aspecto agitanado, cuya vestimenta y modales son los de un caballero, es decir, tan caballero como cualquier otro propietario de tierras de labranza: puede que algo desaliñado, aunque sin llegar a parecer incorrecto gracias a su atractiva y erguida figura. Y puede que algo arisco. Muchos lo achacarían al orgullo de clase, pero mi intuición me dice que no tiene nada que ver con eso; sé, por instinto, que su reserva proviene de cierta aversión a dejar al descubierto sus sentimientos... a las manifestaciones de amabilidad mutua. Debe de amar y odiar sin que se note en ninguno de los dos casos, y seguramente estima como una impertinencia ser objeto de amor u odio —no, estoy yendo demasiado lejos; le adjudico mis propios atributos—. Posiblemente las razones del señor Heathcliff para no tender la mano cuando conoce a alguien no tengan nada que ver con las que me mueven a mí a actuar del mismo modo. Aún me queda la esperanza de que mis peculiaridades sean únicamente mías: mi querida madre solía decirme que nunca llegaría a tener un hogar confortable, pero hasta el verano pasado no comprobé que es que no merezco tenerlo.

Disfrutaba de un mes en la costa y de un clima espléndido cuando me descubrí en compañía de la más fascinante de las criaturas: una verdadera bendición para mis ojos mientras ella no se percató de mi presencia. No llegué a «declararle mi amor» verbalmente, aunque, si es cierto que las miradas hablan, hasta el más idiota habría adivinado que yo había perdido la cabeza.

Polaina: Prenda de paño o cuero que cubre la pierna desde el pie a la rodilla y se abrocha o abotona por la parte de afuera.

Milla: Medida itineraria inglesa equivalente a 1609,3 m.



Por fin se dio cuenta y me devolvió la mirada; fue la más dulce que se pueda imaginar. ¿Y qué hice yo? Me avergüenza confesarlo: hui fríamente, escondiéndome en mí mismo como un caracol. Respondí a cada mirada con distancia y frialdad, hasta que la pobre inocente llegó a dudar de sus propios sentidos y, abrumada por la confusión de su supuesto error, convenció a su madre para que se fueran.

Debido a estos curiosos cambios de humor, me he ganado la reputación de ser deliberadamente insensible. ¡Qué injusto!, es lo único que puedo decir.

Tomé asiento en el extremo de la chimenea opuesto al que se dirigió mi casero y para llenar el silencio intenté acariciar a la canina madre, que había abandonado a sus retoños y se arrastraba amenazadoramente hacia mis pantorrillas con la boca entreabierta y sus blancos dientes dispuestos a mordirme.

Mi caricia provocó un prolongado gruñido sordo.

—Mejor será que deje a la perra —masculló al unísono el señor Heathcliff, demostrando su fiereza con un puntapié—; no está acostumbrada a que la mimen... ni a que la traten como a una mascota.

Luego, dirigiéndose a una puerta lateral, gritó de nuevo:

—¡Joseph!

Joseph murmuraba algo en las profundidades del sótano, pero no dio muestras de que fuera a subir, así que su amo desapareció en su busca dejándome, frente a frente, con aquella hembra canalla y dos lanudos y horrorosos perros pastores que compartían con ella una celosa vigilancia de todos mis movimientos.

Sin ningunas ganas de entrar en contacto con sus colmillos, me quedé sentado y quieto. Pero, pensando que no era probable que entendiesen los insultos mudos, tuve la desafortunada debilidad de ponerme a hacerles guiños y muecas, y alguno de los cambios de mi fisonomía irritó tanto a la dama que, de repente, le dio un ataque de furia y se abalanzó sobre mis rodillas. La empujé y traté de colocar la mesa entre nosotros. Hacer esto fue como azuzar al grupo entero. Desde los rincos-



Levita: Prenda masculina de etiqueta, más larga y amplia que el frac, y cuyos faldones llegan a cruzarse por delante.

Gañido: Grito quejumbroso que profiere el perro u otro animal cuando es maltratado.

nes más escondidos aparecieron media docena de compañeros cuadrúpedos, de todos los tamaños y edades, y se plantaron en el centro de la habitación. Noté que mis zapatos y los faldones de mi levita eran las zonas de asalto preferente y, mientras rechazaba como podía a los contrincantes de mayor tamaño sirviéndome del atizador, me vi en la necesidad de pedir, a gritos, ayuda a alguien de la casa para que se restableciera la calma.

El señor Heathcliff y su hombre subieron las escaleras del sótano con una apatía ofensiva. No creo que se movieran ni un segundo más rápido que de costumbre, a pesar de que el salón era una auténtica tempestad de mordiscos y gañidos.

Menos mal que un habitante de la cocina se apresuró un poco más; una mujer lozana, con el traje arremangado, los brazos desnudos y las mejillas encendidas se precipitó entre nosotros blandiendo una sartén. Usó el arma y la voz con tanto acierto que la tormenta desapareció como por arte de magia y, cuando el amo entró en escena, allí en medio solo estaba ella, jadeante y agitada como el mar después de un temporal.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó fijando sus ojos en mí de un modo prácticamente intolerable después de aquel poco hospitalario trato.

—¡Qué demonios, ciertamente! —murmuré—. Una piara de puercos poseídos no tendría peores intenciones que estos animales suyos, señor. ¡También podría dejar a los extraños en medio de una manada de tigres!

—No atacan a las personas que no tocan nada —precisó, poniéndome la botella delante y colocando la mesa en su sitio—. Los perros cumplen con su obligación estando al acecho. ¿Un vaso de vino?

—No, gracias.

—No le han mordido, ¿verdad?

—Si me hubieran mordido, el atacante tendría mi marca.

Las facciones de Heathcliff se relajaron.

—Vamos, vamos —dijo—. Está usted exaltado, señor Lockwood. Tenga, tome un poco de vino. Las visitas son tan extremadamente raras en esta casa que tanto



mis perros como yo, he de admitirlo, apenas sabemos cómo recibirlas. ¡A su salud!

Me incliné y me uní al brindis; empezaba a notar que era estúpido por mi parte continuar ofendido por el mal comportamiento de un puñado de chuchos. Es más, me sentía poco dispuesto a que mi anfitrión siguiera entreteniéndose a mis expensas. Su humor había tomado ese sesgo.

Inducido quizá por prudentes consideraciones sobre lo absurdo que sería agraviar a un buen inquilino, redujo un tanto su lacónica forma de expresarse suprimiendo pronombres y verbos auxiliares y planteó el tema —que supuso de interés para mí— de las ventajas y desventajas de mi nuevo lugar de retiro.

Lo encontré muy inteligente, por las cosas que dijo y, antes de irme, ya me había animado hasta el punto de decidir hacerle otra visita mañana.

Evidentemente él no deseaba que se repitiera mi intrusión. No obstante, pienso volver. Es asombroso lo sociable que me siento comparado con él.

Sesgo: Dirección que toma un asunto.

Lacónica: Breve, concisa.

Capítulo II

Ayer, la tarde se presentó brumosa y fría. Estaba casi decidido a quedarme junto al fuego de mi estudio, en vez de luchar con brezos y lodazales camino de Cumbres Borrascosas.

Cuando acabé de comer (*N. B.*¹: mi comida principal se desarrolla entre las doce y la una; mi ama de llaves, una mujer de cierta edad que he recibido como parte del mobiliario de la casa, no puede o no quiere entender mi deseo de que me sirvan a las cinco), subí las escaleras con aquella perezosa intención y, cuando entré en el cuarto, vi a una de las criadas jóvenes de rodillas, rodeada de cepillos y cubos de carbón, que levantaba una polvareda infernal al apagar el fuego con montones de ceniza. Este espectáculo hizo que volviera de inmediato por donde había venido. Cogí mi sombrero y, después de un paseo de cuatro millas, llegué a la verja del jardín de Heathcliff justo a tiempo de escapar de los primeros copos de una nevada.

En la cima de aquella desierta colina la tierra estaba endurecida por una escarcha oscura y el aire hacía que todos mis miembros temblasen. Como fui incapaz de quitar la cadena, salté la valla y subí corriendo el camino enlosado que bordeaban algunos dispersos arbustos de grosellas. En vano llamé a la puerta buscando refugio hasta que me dolieron los nudillos y los perros empezaron a aullar.

Brezo: Arbusto enano y reptante, de tallos ramosos, hojas perennes y aciculares, flores pequeñas blancas, moradas o rosadas.

¹ Abreviatura de *nota bene*, expresión latina que significa «nótese bien», «póngase atención», «obsérvese», que suele ponerse en algunos escritos para aclarar lo ya dicho.



«¡Miserables reclusos! —exclamé mentalmente—. Mereceríais que los de vuestra propia especie os desterraran eternamente por esta imperdonable falta de hospitalidad. Al menos yo no atranco las puertas de mi casa durante el día. ¡No me importa..., entraré!».

Aldaba: Pieza de metal, de hierro o de bronce, que se sujeta en la parte exterior de la puerta por una base articulada y con la que se golpea para llamar.

Decidido a hacerlo, agarré la aldaba y me puse a golpear con vehemencia. La cara de vinagre de Joseph se asomó por una de las ventanas redondas del granero.

—¿Qué busca? —gritó—. El amo está abajo con las aves. Dé la vuelta y vaya hasta el fondo del corral si quiere hablar con él.²

—¿Es que no hay nadie dentro para abrir la puerta? —voceé como respuesta.

—Nadie, salvo la señora, y no le abriré aunque se despelleje las manos alborotando hasta la noche.

—¿Por qué? ¿No puede decirle quién soy, eh, Joseph?

—¡Yo, ni hablar! No pienso tener nada que ver con ella —masculló aquella cabeza al tiempo que desaparecía.

La nieve empezaba a caer con más fuerza. Había agarrado el tirador para intentarlo de nuevo cuando, por el patio de atrás, apareció un joven sin abrigo y con una horca al hombro. Me gritó para que le siguiera y, después de atravesar un lavadero y una zona de empedrado en la que había una carbonera, una bomba y un palomar, llegamos por fin a la estancia amplia, acogedora y caliente en la que me habían recibido el día anterior.

Me sentí maravillosamente revivido por el resplandor del inmenso fuego alimentado de carbón, serrín y

² Joseph habla con un cerrado acento de Yorkshire, emplea giros y palabras del dialecto local, modifica o hace desaparecer vocales y consonantes y, en ocasiones, una varias palabras en una sola. Emily Brontë transcribe este lenguaje tal y como espera que sea leído: *bud* o *bath* por *but* («pero»); *mun* por *must* («deber»); *yah* o *ye* por *you* («tú»); *Aw* por *I* («yo»); *varrah weel!* por *very well!* («¡muy bien!»); *o'er* por *over* («encima»); *t'day* por *the day* («el día»); *wi't* por *with it* («con ello»), etc. A la hora de una traducción al castellano, no nos ha parecido apropiado convertir a un campesino beato y moralista de la Inglaterra del siglo XIX en andaluz o asturiano, o en un paleta laísta, que cecee, diga *tó* en vez de «todo» o *pos* en vez de «pues». Por lo tanto, no hemos intentado recrear las peculiaridades lingüísticas de este personaje, en la creencia de que es la mejor opción para mantener el ambiente general de la novela. (Nota de la traductora).



madera, y junto a la mesa, perfectamente servida para una abundante cena, tuve el placer de contemplar a la «señora», un ser cuya existencia no había sospechado con anterioridad.

Me incliné y esperé, pensando que me pediría que tomara asiento. Me miró, volvió a apoyarse en el respaldo de su silla, y permaneció inmóvil y muda.

—Espantoso clima! —señalé—. Me temo, señora Heathcliff, que la puerta ha acabado por sufrir las consecuencias de la holgazana acogida de sus sirvientes. Ha sido poco menos que imposible conseguir que me oyeran.

No abrió la boca. La observaba..., ella me observaba a su vez. Mantuvo en todo momento sus ojos clavados en mí de un modo frío y desconsiderado que me resultó sumamente embarazoso y desagradable.

—Síntese —dijo el joven con aspereza—. Él no tardará.

Obedecí; y carraspeé, y llamé a la villana Juno, que se dignaba, en este segundo encuentro, a mover la punta del rabo en lo que entendí era una muestra de familiaridad.

—Un hermoso animal —comencé una vez más—. ¿Tiene intención de regalar los cachorros, señora?

—No son míos —dijo mi afable anfitriona con un desagrado aún mayor que el que hubiese empleado en su respuesta el propio Heathcliff.

—¿Ah, son aquellos sus favoritos? —proseguí, indicando un cojín oscuro en el que se apiñaban algo que parecían gatos.

—¡Extraña elección de favoritos! —observó, desdeñosa.

Desgraciadamente se trataba de un montón de conejos muertos. Volví a carraspear y me acerqué más al fuego, repitiendo mi comentario sobre lo desapacible del día.

—No debiera haber salido —dijo ella levantándose para coger dos latas pintadas de la repisa de la chimenea.

Hasta entonces se había mantenido apartada de la luz; ahora veía con claridad su figura y su semblante.



Era esbelta y, aparentemente, poco más que una niña: con una silueta admirable y el rostro más exquisito que haya tenido el placer de contemplar, de rasgos sutiles y armoniosos; rizos rubios, casi dorados, colgaban desperdigados cubriendo su delicado cuello; y los ojos..., si hubieran tenido una expresión más agradable, habrían resultado irresistibles. Afortunadamente para mi susceptible corazón, el único sentimiento que evidenciaban oscilaba entre el desprecio y algún tipo de desesperación, que no acababa de resultar natural en ellos.

Las latas estaban casi fuera de su alcance; hice ademán de ayudarla y se volvió hacia mí como lo habría hecho un avaro hacia alguien que intentara ayudarla a contar oro.

—No quiero su ayuda —estalló de repente—. Puedo cogerlas yo sola.

—¡Le ruego que me disculpe! —me apresuré a contestar.

—¿Le han ofrecido quedarse al té? —preguntó, atándose un delantal sobre su impoluto traje negro.

Estaba de pie, con una cuchara llena que mantenía sobre la tetera.

—Me encantaría tomar una taza.

—¿Se lo han ofrecido? —repitió.

—No —dije medio sonriendo—. Usted es la persona apropiada para hacerlo.

Volvió a meter el té en el bote, con cuchara y todo y regresó a su asiento enojada; tenía el ceño fruncido y su sonrosado labio inferior sobresalía como el de un niño a punto de echarse a llorar.

Mientras tanto, el joven se había echado encima un sobretodo decididamente andrajosos y, erguido frente a las llamas, me miraba de reojo, como si alguna afrenta mortal y no vengada se interpusiera entre nosotros. Empecé a dudar si sería un criado o no: tanto sus ropas como su forma de hablar eran toscas, desprovistas de la superioridad que se observaba en las del señor y la señora Heathcliff; su espesa mata de rizos castaños estaba enmarañada y carecía de un corte preciso, las patillas le cubrían las mejillas por completo dándole aspecto de



oso y sus manos estaban curtidas como las de un campesino. Con todo, su porte era altivo, casi arrogante, y no mostraba con la señora de la casa la más mínima solitud característica del servicio.

A falta de pruebas más contundentes sobre su condición, decidí que lo mejor era no darme por enterado de su curiosa conducta; y, cinco minutos después, la entrada del señor Heathcliff supuso un cierto alivio para mi incómoda situación.

—Ya ve, señor, aquí estoy, tal y como había prometido —exclamé aparentando alegría—, y creo que el temporal me retendrá aún una media hora, si es que me ofrece refugio durante ese tiempo.

—¿Media hora? —dijo sacudiendo los copos blancos de sus ropas—. Me sorprende que elija una tormenta de nieve para pasear hasta aquí. ¿No sabe que corre el riesgo de extraviarse en las ciénagas? Hasta la gente familiarizada con estos páramos pierde a veces el rumbo en noches semejantes. Y puedo asegurarle que, de momento, no hay trazas de que el tiempo vaya a cambiar.

—Quizá alguno de sus mozos quiera servirme de guía, y quedarse en la Granja hasta mañana por la mañana. ¿Podría prescindir de uno?

—No. Imposible.

—¡Oh! ¿De veras? Bien, entonces, deberé confiar en mis propios recursos.

—¡Umm!

—¿Vas a hacer el té? —reclamó el del sobretodo andrajoso, trasladando su feroz mirar penetrante desde mí a la joven.

—Y él, ¿va a tomarlo? —preguntó ella dirigiéndose a Heathcliff.

—Prepáralo, ¿quieres? —fue la respuesta, proferida con un salvajismo tal que me sobresalté.

El tono en que había dicho aquellas palabras revelaba una naturaleza auténticamente mezquina. Dejé de sentirme inclinado a calificar a Heathcliff de magnífico compañero. Una vez concluidos los preparativos, me invité diciendo:

—Ahora, señor, acerque su silla.

Ciénaga: Terreno pantanoso o que está lleno de cieno.

Mezquina: Persona que se comporta de manera despreciable y ruin.



Y todos, incluido el joven rústico, nos sentamos a la mesa: un austero silencio presidió el transcurso de la comida.

Pensé que, si yo había ocasionado el nubarrón, era mi deber hacer un esfuerzo para disiparlo. No podían sentarse cada día así de ceñudos y taciturnos; era imposible, por mal carácter que tuvieran, que el malhumor universal que demostraban fuera su rostro de todos los días.

—Es singular —empecé a decir en el intervalo entre ingerir una taza de té y que me sirvieran otra—, sí, es singular cómo las costumbres pueden moldear nuestros gustos e ideas. Para muchos sería inimaginable la existencia de felicidad en una vida de exilio como la que usted lleva, señor Heathcliff; sin embargo, yo me aventuraría a decir que, rodeado de su familia, y con su amable dama como el genio que preside su hogar y su corazón...

—¡Mi amable dama! —interrumpió con un gesto de desprecio casi diabólico—. ¿Dónde está... mi amable dama?

—La señora Heathcliff, su esposa.

—Bien, sí... ¡Oh! Usted debe insinuar que su espíritu ha adoptado el papel de ángel guardián y se encarga de la buenaventura de Cumbres Borrascosas, aun cuando su cuerpo nos haya abandonado. ¿Es eso?

Noté mi error, había dicho un desatino, así que intenté corregirlo. Debía haberme dado cuenta de que existía entre ellos una diferencia de edad demasiado notable para que resultara creíble que fuesen marido y mujer. Él tendría unos cuarenta; una época de la vida de gran lucidez mental en la que es raro el hombre que cae en el engaño de creer que una joven se casará con él por amor: ese sueño suele ser un consuelo de nuestra edad senil. Ella no parecía tener aún los diecisiete.

Entonces me vino la idea: «El payaso de mi izquierda, el que toma su té en tazón y come pan sin haberse lavado antes las manos, debe de ser su marido. Heathcliff hijo, claro. He aquí la consecuencia de haber sido enterrada en vida: la chica se ha arrojado en brazos de



este palurdo, ignorante de que existan hombres mejores. Una verdadera pena... Debo pensar en algo que la haga arrepentirse de su elección».

Esta última reflexión puede parecer presuntuosa, pero no lo era. Mi vecino me chocaba hasta el extremo de hacérseme casi repugnante. Y sabía, por experiencia, que yo resultaba pasablemente atractivo.

—La señora Heathcliff es mi nuera —dijo Heathcliff corroborando mi suposición.

Mientras hablaba dirigió una mirada muy peculiar hacia donde estaba la muchacha, una mirada de aborrecimiento; a no ser que por alguna extraña perversidad los músculos de su cara no sirvieran, como los del resto de la gente, para interpretar el lenguaje de su alma.

—¡Ah, por supuesto..., ahora comprendo! Usted es el afortunado poseedor de esta hada benefactora —observé volviéndome hacia mi vecino.

Esto empeoró aún más las cosas: el joven se puso colorado y apretó los puños con aspecto de ir a atacarme de inmediato. Pero enseguida se contuvo; aplacó la borrasca dedicándome una maldición brutal que, no obstante, yo fingí no haber oído.

—¡Sus conjeturas son más bien desafortunadas, señor! —constató mi anfitrión—. Ninguno de nosotros tiene el privilegio de tener a su hada buena. Su esposo ha muerto. Le he dicho que era mi nuera, por lo tanto, tuvo que casarse con mi hijo.

—Y este joven no es...

—¡No es mi hijo, ciertamente!

Heathcliff volvió a sonreír, como si considerase una broma excesivamente temeraria atribuirle a él la paternidad de aquel oso.

—Me llamo Hareton Earnshaw —gruñó el otro—, ¡y le aconsejo que me trate con respeto!

—En ningún momento le he tratado irrespetuosamente — fue mi réplica, sonriendo para mis adentros ante la dignidad con la que se presentaba.

Fijó sus ojos en mí más tiempo del que yo tardé en desviar la mirada, pues temí que si seguía iba a acabar por ceder a la tentación de tirarle de las orejas o de hacer



audible mi hilaridad. Empezaba a sentirme irremediabilmente fuera de sitio en aquel agradable círculo familiar. La lúgubre atmósfera espiritual que nos envolvía neutralizaba la luminosa comodidad física del entorno; y decidí ser cauteloso antes de dejarme enredar por tercera vez.

Como ya habíamos terminado de comer y nadie parecía dispuesto a reemprender la cordial conversación, me aproximé a la ventana para comprobar cómo seguía el tiempo. Lo que vi era un espectáculo penoso: la negrura de la noche había llegado prematuramente y el cielo y las colinas se confundían en un brutal remolino de viento y densa nieve.

—No creo que de momento me sea posible regresar a mi casa sin un guía —exclamé, sin poder evitarlo—; los caminos ya deben de estar absolutamente cubiertos y, aunque no lo estén, no sería capaz de distinguir ni mis pies al caminar.

—Hareton, mete esas ovejas en el granero. Acabarán enterradas si las dejas en el redil toda la noche; y ponles unos maderos alrededor —dijo Heathcliff.

—¿Qué debería hacer? —continué yo con irritación creciente.

No obtuve respuesta y, al mirar a mi alrededor, solo encontré a Joseph, que traía un balde de gachas para los perros, y a la señora Heathcliff inclinada sobre el fuego entreteniéndose con el chisporroteo de un manojo de fósforos que se había caído de la repisa cuando devolvió a su sitio el bote de té.

El hombre, una vez que hubo depositado su carga, echó un vistazo crítico a la habitación y, con voz chillona, soltó:

—Me pregunto qué gusto le saca a quedarse aquí dentro sin hacer nada cuando ve que todos los demás han salido. Aunque como usted es el colmo, no merece la pena decirle nada..., no va a enmendar jamás sus malos hábitos. ¡Pero irá directamente al infierno y allí se encontrará con su madre!

Creí, por un momento, que esta pieza de oratoria me iba dedicada; y, ciertamente encolerizado, avancé hacia



el anciano bribón con la intención de sacarlo de allí a patadas. La señora Heathcliff me refrenó con su respuesta.

—¡Oh, viejo hipócrita escandaloso! —dijo—. ¿No tienes miedo de desaparecer al instante cada vez que nombras al diablo? Te aconsejo que contengas tus ansias de provocarme o pediré que desaparezcas como un favor especial. Calla y mira esto, Joseph —continuó mientras cogía un libro grande y oscuro—; te voy a enseñar lo mucho que he progresado en la magia negra. Pronto dejará de tener misterios para mí. La vaca roja no murió por casualidad; y no supondrás que tus ataques de reuma van y vienen por designios de la providencia.

—¡Oh, maligna, maligna! —jadeó el anciano—. ¡Que el Señor nos libre del diablo!

—¡No, réprobo! Estás perdido. Apártate o acabaré por hacerte daño de verdad. Pienso modelaros a todos en cera y barro, y al primero que traspase los límites que voy a marcar, le... No te pienso decir lo que le va a ocurrir, pero ya lo verás. ¡Vete, te estoy mirando fijamente!

Réprobo: Persona que, según la religión católica, está condenado a las penas del infierno.

Los preciosos ojos de la brujita delataban que esta se mofaba malévolamente de Joseph, quien, temblando con horror sincero, salió a toda prisa rezando y exclamando: «maligna, maligna».

Pensé que la conducta de la muchacha se debería a alguna especie de tétrico sentido del humor. Ahora que estábamos solos, hice un esfuerzo para interesarla en mi desgracia.

—Señora Heathcliff —dije con seriedad—, le ruego que me disculpe por molestarla. Me atrevo porque sé que, con esa cara, es imposible que no tenga buen corazón. Deme alguna pista que me ayude a reconocer el camino de regreso a mi casa... ¡Mi idea de cómo llegar hasta allí es tan nula como la que usted pueda tener de cómo llegar a Londres!

—Utilice el sendero por el que vino —contestó acomodándose en una butaca, con una vela y el voluminoso libro ante ella—; es un consejo breve, pero el único fiable que puedo darle.



—En ese caso, si se entera de que me han encontrado muerto en una ciénaga o en un hoyo, cubierto de nieve, ¿no le remorderá la conciencia al pensar que fue en parte culpa suya?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Yo no puedo acompañarle. No me dejarían ni llegar hasta el final del muro del jardín.

—¡*Usted!* No me atrevería a pedirle que cruzara el umbral en una noche como esta por mi propia conveniencia —grité—; lo que quiero es que me *diga* cuál es el camino, no que me lo muestre; o, al menos, que persuada al señor Heathcliff para que me facilite un guía.

—¿Quién? Están él, Earnshaw, Zillah, Joseph y yo. ¿A cuál prefiere?

—¿No hay mozos en la finca?

—No. Somos todos.

—Entonces deduzco que estoy obligado a quedarme.

—Eso deberá arreglarlo con su anfitrión. Yo no tengo nada que ver.

—Espero que le servirá de lección para no hacer más viajes imprudentes por estos parajes —resonó la severa voz de Heathcliff desde la entrada de la cocina—. Si ha de quedarse aquí, no tengo ningún cuarto de huéspedes; tendrá que compartir la cama con Hareton o con Joseph.

—Puedo dormir en una silla en esta habitación —contesté.

—¡No, no! Un extraño es un extraño, sea rico o pobre. No me agrada que nadie vague por mi casa cuando no puedo vigilar —dijo el despreciable maleducado.

Aquel insulto terminó definitivamente con mi paciencia. Proferí una expresión de disgusto y le empujé abriéndome camino hacia el patio y atropellando a Earnshaw en mi precipitación. Estaba tan oscuro que no pude distinguir ni la salida y, mientras la buscaba, oí otra muestra del civilizado trato que imperaba entre ellos.

En un primer momento, el joven se me acercó con intenciones amistosas.

—Iré con él hasta el parque —dijo.

—¡Irás con él al infierno! —exclamó su amo o lo que fuese—. ¿Y quién se queda a cuidar de los caballos, eh?



—La vida de un hombre es más importante que descuidar por una noche a los caballos. Alguien tendrá que ir —murmuró la señora Heathcliff con más amabilidad de la que esperaba.

—¡No estoy a tus órdenes! —le replicó Hareton—. Si quieres ayudarle, será mejor que no te metas.

—Entonces, que su fantasma te persiga y que el señor Heathcliff no encuentre otro inquilino hasta que la Granja esté en ruinas —contestó ella con aspereza.

—¡Escúchela, escúchela! ¡Los está maldiciendo! —masculló Joseph, al que yo llevaba un rato mirando.

Estaba sentado allí mismo y podía oírlo todo; ordeñaba las vacas a la luz de un farol, que le arrebaté sin más ceremonia y, gritando que haría que se lo devolvieran al día siguiente, me precipité hacia la puerta más cercana.

—¡Amo, amo, ha robado el farol! —aulló el anciano, cerrándome la retaguardia—. ¡Eh, Gruñón! ¡Perros! ¡Eh, Lobo! ¡Cogedle, cogedle!

Estaba abriendo la portezuela cuando dos monstruos peludos se abalanzaron a mi cuello, me tumbaron y apagaron el farol, mientras una carcajada conjunta de Heathcliff y Hareton fue la gota que colmó el vaso de mi rabia y humillación.

Menos mal que las bestias parecían más propensas a desperezar sus garras y a bostezar, y mover la cola, que a devorarme vivo; aunque no estaban dispuestas a que el cadáver que había debajo de sus patas resucitase, y me vi obligado a seguir tumbado hasta que sus malditos amos tuvieron a bien liberarme. Entonces, sin sombrero y temblando de ira, ordené a los muy villanos que me dejaran salir (y que, de retenerme un solo minuto más, correrían un gran peligro) con varias amenazas incoherentes de venganza que, por su profunda y confusa virulencia, sonaban al *El rey Lear*³.

La vehemencia de mi agitación me produjo una aparatosa hemorragia nasal; con todo, Heathcliff siguió riéndose y yo seguí increpándole. No tengo ni idea cómo

³ *El rey Lear* (1608) es una de las tragedias de William Shakespeare (1564-1616), basada en un cuento popular presente en Inglaterra desde el siglo XII.



hubiera terminado semejante escena si no llega a estar a mano una persona bastante más juiciosa que yo y más bondadosa que mi anfitrión. Me refiero a Zillah, la animosa sirvienta, que finalmente salió dispuesta a averiguar a qué se debía aquel alboroto. Creyó que alguno de ellos me había golpeado y, al no atreverse a arremeter directamente contra su amo, dirigió su artillería vocal al más joven de los bellacos.

—Y bien, señor Earnshaw —chilló—. ¡Me pregunto qué más le piensan hacer! ¿Vamos a asesinar a la gente en nuestra misma puerta? Esta casa no es para mí... ¡Mire al pobre hombre, está a punto de ahogarse! Tranquilo, tranquilo, no se puede ir así. Entre, le curaré eso. Ahora estese quieto.

Y mientras decía estas palabras, me echó sin previo aviso un jarro de agua helada por la nuca y me empujó a la cocina. El señor Heathcliff nos siguió; su momentánea alegría se había esfumado con rapidez dejando en su lugar el mal humor habitual.

Yo me sentía realmente enfermo, aturdido y débil, lo que me obligó, por fuerza, a aceptar posada bajo su techo. Él le dijo a Zillah que me diera una copa de brandi, y después se fue a la habitación de dentro. La mujer se compadeció de mis tristes circunstancias y, tras obedecer sus órdenes —gracias a las cuales me hallaba hasta cierto punto reanimado—, me condujo a la cama.

Brandi:
Aguardiente, sobre
todo coñac,
elaborado fuera de
Francia.

Capítulo III

Indicando el camino de las escaleras, me recomendó que escondiese la vela y que no hiciera ruido, porque su amo tenía una extraña idea sobre el cuarto en el que me iba a alojar; no permitía que nadie lo ocupase.

Pregunté el motivo.

No lo sabía, me contestó; llevaba allí solo uno o dos años, y sucedían tantas cosas raras que no se había atrevido a mostrarse curiosa.

Demasiado atontado para insistir en mi propia curiosidad, cerré la puerta y miré a mi alrededor buscando la cama. Todo el mobiliario consistía en una silla, un armario y una gran caja de roble con ventanas cuadradas en la parte superior, parecidas a las de los carruajes. Me aproximé a esta estructura, miré en su interior y noté que se trataba de un curioso y anticuado canapé convenientemente diseñado para obviar la necesidad de que cada miembro de la familia tuviese una habitación individual. De hecho constituía en sí mismo un pequeño gabinete y la repisa de la ventana, junto a la que estaba construido, servía de mesa. Corrí los paneles laterales, entré con mi luz, volví a cerrarlos y me sentí a salvo de la vigilancia de Heathcliff y de cualquier otro.

La repisa, en la que coloqué la vela, estaba ocupada por unos cuantos libros enmohecidos apilados en una esquina llena de inscripciones grabadas sobre la pintura. Estas inscripciones, sin embargo, no eran más que un nombre repetido con todo tipo de caracteres, grandes y pequeños: *Catherine Earnshaw*, variando de vez en cuando a *Catherine Heathcliff*, o a *Catherine Linton*.

Canapé: Escaño con el asiento y respaldo acolchados, para sentarse o acostarse.



Con inconsciente indiferencia apoyé la cabeza contra la ventana y continué deletreando el nombre de Catherine Earnshaw, Heathcliff, Linton, hasta que se me cerraron los ojos. Pero no los había descansado ni cinco minutos cuando un resplandor de letras blancas surgió en la oscuridad tan claro como espectros: el aire hervía de Catherines y, al levantarme para disipar el nombre intruso, descubrí que mi vela estaba caída sobre uno de los viejos volúmenes y perfumaba la atmósfera con el aroma de piel de becerro asado.

Despabilar:
Quitar a una vela,
etc., la parte ya
quemada del pabilo
o mecha.

Guarda: Cada una
de las hojas de
papel que ponen los
encuadernadores al
principio y al final
de los libros.

Despabilé la vela y, como me sentía francamente mal debido al frío y unas interminables náuseas, me senté y extendí sobre mis rodillas el tomo dañado. Era un Nuevo Testamento, en letra menuda, que olía horriblemente a rancio; la guarda del libro llevaba la inscripción «Catherine Earnshaw, su libro», y una fecha de un cuarto de siglo antes.

Lo cerré y cogí otro, y otro, hasta haberlos examinado todos. La biblioteca de Catherine era selecta, y su estado de deterioro demostraba que había sido bastante usada, aunque no siempre para los propósitos más legítimos; no había casi ningún capítulo que se hubiera librado de los comentarios a pluma —al menos eso parecían— que llenaban los márgenes y todos los espacios en blanco que el impresor había dejado.

Algunos eran frases sueltas, otros tenían la forma de un auténtico diario escrito por una mano infantil e inexperta. En la parte superior de una página adicional (todo un tesoro, probablemente, cuando la descubrió) me sorprendió gratamente encontrar una excelente caricatura de mi amigo Joseph (tosca, pero dibujada con acierto).

Surgió en mi interior un interés inmediato por la desconocida Catherine, y empecé en aquel momento a descifrar sus descoloridos jeroglíficos:

«¡Qué domingo más horrible! —comenzaba aquel párrafo—. Querría que mi padre pudiera volver. Hindley es un sustituto odioso: su conducta con Heathcliff es atroz. H. y yo vamos a rebelarnos; hemos dado el primer paso esta tarde.



Ha estado diluviando todo el día; no podíamos ir a la iglesia, así que Joseph decidió congregarnos en la buhardilla. Y mientras Hindley y su esposa se quedaban calentitos abajo, junto a un agradable fuego (hacían de todo menos leer sus Biblias, puedo jurarlo), a Heathcliff, a mí y al desgraciado yuntero nos ordenaron coger los misales y subir. Nos colocaron en fila sobre un saco de maíz, quejándonos y tiritando, con la esperanza de que Joseph se pusiera a temblar también y, por su propia salud, se decidiera por una homilía corta. ¡Vana idea! El servicio duró exactamente tres horas, y mi hermano todavía tuvo la cara dura de exclamar, cuando vio que bajábamos:

—¿Cómo? ¿Ya se ha terminado?

Antes se nos dejaba jugar en las tardes de domingo si no hacíamos mucho ruido; ahora, una simple risa entre dientes basta para que nos castiguen mirando a la pared.

—Olvidáis que aquí hay un amo —dice el muy tirano—. Acabará con el primero que me saque de mis casillas. Insisto en que haya absoluta seriedad y silencio. ¡Chico!, ¿has sido tú? Frances, querida, tírale del pelo cuando pases a su lado; le he oído chasquear los dedos.

Frances le tiró del pelo a conciencia y luego se sentó en las rodillas de su marido, y allí se quedaron, como dos bebés, besándose y diciendo tonterías durante horas..., una palabrería estúpida de la que todos deberíamos estar avergonzados.

Nosotros nos hicimos un refugio, lo mejor que pudimos, bajo el arco del aparador. Acababa de atar juntos nuestros delantales y de colgarlos como si fueran una cortina, cuando aparece Joseph con algún recado del establo. Tira mi labor por los suelos, me da un bofetón y gruñe:

—El amo recién enterrado, en el Día del Señor, con el Evangelio aún en las orejas, y os atrevéis a tumbaros ahí. ¡Qué vergüenza! Sentaos correctamente, niños malos. Hay buenos libros que deberíais leer. ¡Que os sentéis, y pensad en vuestras almas!

Diciendo esto nos obligó a enderezarnos de manera que pudiéramos recibir un mortecino rayo de luz desde

Yuntero: Mozo que labra la tierra con una yunta de bueyes.

Homilía: Plática destinada a explicar al pueblo las materias de religión.



el lejanísimo fuego que iluminase el texto de los mamotretos que nos echó encima.

No fui capaz de soportar semejante ocupación. Cogí el sucio volumen por el lomo y se lo lancé a los perros, con la promesa de odiar cualquier buen libro.

Heathcliff mandó al mismo sitio el suyo de una patada.

¡Entonces se armó un buen alboroto!

—¡Amo Hindley! —gritó nuestro capellán—. ¡Amo, venga! La señorita Cathy ha rajado la tapa de *El yelmo de la salvación*, y Heathcliff le ha dado con el pie a la primera parte de *El vasto camino hacia la destrucción*. Es una auténtica desgracia que usted los deje seguir de este modo. ¡Ay! El anciano amo los tendría bien atados, ¡pero se nos ha ido!

Hindley abandonó su paraíso junto a la chimenea y se precipitó sobre nosotros; agarrándonos a uno por el cuello y al otro por el brazo, nos empujó a la cocina, donde, según aseguró Joseph, el diablo en persona nos vendría a buscar, tan cierto como que estábamos vivos: y animados por esta idea, nos dedicamos a mirar cada uno a un rincón en espera de este acontecimiento.

Cogí este libro y un tintero del estante y entorné la puerta de la calle para que me llegara algo de luz, y así se me ha pasado el tiempo escribiendo durante veinte minutos; pero mi compañero se impacienta y me propone que cojamos la capa de la encargada de las vacas y que, cubriéndonos con ella, hagamos una escapada por los páramos. Es una propuesta apetecible —y así, si entra el viejo furioso, puede que crea que su profecía se ha cumplido—; no podemos estar más helados y húmedos bajo la lluvia de lo que lo estamos aquí».

Supongo que Catherine cumplió su proyecto porque la siguiente frase trataba otro asunto: se ponía la crinosa:

«¡Qué poco me había imaginado que Hindley me fuera a hacer llorar así! Me duele tanto la cabeza que no puedo tenerla recostada sobre la almohada y, ni aun



así, consigo quitármelo del pensamiento. ¡Pobre Heathcliff! Hindley le llama vagabundo, y no le deja sentarse con nosotros, ni comer en la mesa; y dice que no debemos jugar juntos, y amenaza con echarle de la casa si no cumplimos sus órdenes.

Ha estado haciéndole reproches a nuestro padre (¿cómo se ha atrevido?) por tratar a H. con tanta generosidad, y jura que él le volverá a poner en su sitio...».

Empecé a dar cabezadas sobre la página en penumbra; mi mirada vagaba de lo escrito a mano a lo impreso. Vi un título rojo y con florituras: *Setenta veces siete, y el primero de los setenta y uno. Discurso piadoso del reverendo Jabes Branderham en la capilla de Gimmerden Sough*. Y mientras me estrujaba el cerebro, solo consciente a medias, intentando imaginar de dónde habría sacado Jabes Branderham el tema de su discurso, me hundí en la cama y me quedé dormido.

¡Ay, cómo son los efectos de una mala comida y una mala compañía! Porque ¿qué otra cosa pudo hacerme pasar una noche tan terrible? Desde que tengo capacidad de sufrimiento, no recuerdo otra a la que pueda compararsele.

Empecé a soñar casi antes de perder la noción de dónde estaba. Creí que era por la mañana y que iba hacia mi casa, con Joseph como guía. La nieve lo cubría todo a lo largo y ancho del camino, y, cada vez que tropezábamos, a mi acompañante le daba por fastidiarme con continuos reproches por no haber traído un cayado de peregrino. Me decía que jamás entraría en la casa sin uno, y esgrimía jactancioso un garrote bien grueso que entendí debía denominarse así.

Por un momento consideré absurda la necesidad de semejante arma para ser admitido en mi propia residencia. Entonces se me ocurrió una nueva idea. No iba allí; nos dirigíamos a oír el famoso sermón de Jabes Branderham *Setenta veces siete*, y tanto Joseph, como el predicador o yo habíamos cometido *El primero de los setenta y uno* y seríamos expuestos a vergüenza pública y excomulgados.



Estipendio: Paga o remuneración que se da a una persona por su trabajo o servicio.

Libra: Unidad monetaria del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

Llegamos a la capilla. La he visto realmente en dos o tres ocasiones durante mis paseos; está en un valle entre dos colinas. Es un valle elevado, próximo a un pantano; dicen que el musgo que crece en sus profundidades ha servido para embalsamar unos cuantos cadáveres que yacen allí. El tejado se conserva, de momento, entero; pero, como el estipendio del clérigo es solo de veinte libras al año y una casa de dos habitaciones que más parecen una, ningún sacerdote quiere asumir los deberes de pastor, especialmente porque es comentario popular que sus feligreses antes le dejarían morir de hambre que aumentar su paga con un solo penique de sus bolsillos. De todos modos, en mi sueño, Jabes tenía una numerosa y atenta congregación y predicaba... ¡Dios mío, qué sermón!, dividido en *cuatrocientos noventa* partes, cada una de las cuales era igual que un discurso normal desde el púlpito y estaba dedicada a disertar sobre un pecado diferente. Dónde los había encontrado, no sabría decirlo. Tenía una manera particular de interpretar la alocución, y parecía una necesidad que el hermano pecara con diferentes pecados cada vez.

Eran de lo más curioso: extrañas transgresiones que nunca había imaginado antes.

¡Oh, cuánto me aburrí! ¡Cuánto me revolví en mi sitio, bostecé, di cabezadas y me reanimé! ¡Cuánto me pellizqué, y me restregué los ojos, y me levanté y me volví a sentar, y le di codazos a Joseph para que me informase de si aquello acabaría *alguna vez!*

Estaba condenado a oírlo todo. Y por fin llegó *El primero de los setenta y uno*. En aquel momento me invadió una inspiración repentina; me sentí impelido a ponerme en pie y a denunciar a Jabes Branderham como el pecador que había cometido el pecado que ningún cristiano habría de perdonar.

—Señor —exclamé—, sentado aquí, entre estas cuatro paredes, he soportado y perdonado los cuatrocientos noventa apartados de su discurso. Setenta veces siete cogí mi sombrero y estaba a punto de marcharme... y setenta veces siete usted me forzó absurdamente a volver a mi sitio. El cuatrocientos noventa y uno es dema-



siado. Compañeros mártires, ¡atacadle! ¡Derribadle y aplastadle hasta que quede reducido a átomos! ¡Que los sitios que le han conocido no le vuelvan a ver!

—*¡Usted es el hombre!* —gritó Jabes después de una pausa solemne, recostándose en su cojín—. Setenta veces siete se le ha descompuesto el rostro con bostezos... Setenta veces siete hube de pedir consejo a mi alma. ¡Ved, he aquí la debilidad humana, y necesita absolución! El primero de los setenta y uno ha llegado. ¡Hermanos, ejecutad en él el juicio escrito! ¡Es un honor que nos corresponde por ser sus santos!

Con estas palabras terminantes, la asamblea en pleno, alzando sus varas de peregrino, me rodeó como si fuera un solo cuerpo, y yo, al no tener un arma que esgrimir en mi defensa, empecé a luchar con Joseph, el más feroz y cercano de mis asaltantes, para coger la suya. En la confusión de la multitud varias mazas se cruzaron. Porrazos que iban dirigidos a mí caían sobre otras seseras. En un momento, la capilla entera resonó con golpes y contragolpes. Todas y cada una de las manos se levantaban contra su vecino; y Branderham, que no quería permanecer al margen, derramaba su celo en una lluvia de sonoros puñetazos sobre la mesa del púlpito que los recibía con una pericia tal que, al final y para mi indescriptible alivio, me despertaron.

Y ¿qué era lo que había sugerido el tremendo tumulto? ¿Qué había inspirado el personaje de Jabes en la trifulca? Pues una simple rama de abeto que golpeaba mi celosía siguiendo el gemir del viento y hacía sonar como una carraca sus piñas secas contra los cristales.

Escuché dudando un instante; localicé el ruido, entonces me volví y me adormilé, y soñé otra vez; fue aún más desagradable, si cabe, que antes.

Esta vez recordaba que estaba acostado en un gabinete de roble, y distinguía perfectamente el viento racheado y los violentos embistes de nieve; también oía cómo la rama de abeto repetía su fastidioso ruido y sabía qué era lo que lo causaba. Pero me molestaba tanto que decidí acallarla, sí es que era posible. Sentí que me levantaba y trataba de abrir el candado de las contra-

Celosía: Enrejado de listoncillos que se pone en las ventanas y otros huecos análogos.

Carraca: Instrumento de madera que produce un ruido seco y desapacible, que se usaba para significar el terremoto al final de las tinieblas en Semana Santa.



Hembra: Pieza de determinados objetos que tiene uno o más agujeros en que se introduce otra pieza que encaja.

ventanas. El gancho estaba soldado a la hembra del cerrojo: una circunstancia que ya había observado cuando estaba despierto, pero lo había olvidado.

—He de pararlo, no importa —murmuré, atravesando con el puño el cristal y alargando el brazo para asir la irritante rama: ¡en lugar de una rama mis dedos se cerraron sobre los dedos de una mano pequeña y helada!

Me invadió el intenso horror de una pesadilla; intenté retirar mi brazo, pero la mano me agarraba con fuerza, y una voz absolutamente melancólica sollozaba:

—¡Déjame entrar, déjame entrar!

—¿Quién eres? —pregunté mientras luchaba para desasirme.

—Catherine Linton —contestó temblando (¿por qué pensé en *Linton?*; había leído veinte *Earnshaw* por cada Linton)—. ¡Regreso a casa, me había perdido en el páramo!

Mientras hablaba, logré distinguir, confusamente, el rostro de una niña mirando por la ventana. El terror me hizo cruel y, al notar que era imposible sacudirse a aquella criatura de encima, empujé su muñeca hacia el vidrio roto, y la restregué contra él hasta que corrió la sangre y empapó la ropa de la cama. Con todo, ella seguía gimiendo, «¡Déjame entrar!», y mantenía su tenaz sujeción hasta casi hacerme enloquecer de miedo.

—¿Cómo? —dije al fin—. Suéltame si quieres que te deje entrar.

Los dedos se relajaron; le arrebaté los míos y los metí por el agujero para amontonar a toda prisa una pirámide de libros contra él, y me tapé los oídos para no oír el lamento suplicante.

Me parece que logré alejarlo casi un cuarto de hora, pero, en el instante en que volví a escuchar, ¡allí seguía el dolorido llanto implorando!

—¡Vete! —grité—. Nunca te dejaré entrar, aunque me lo pidas durante veinte años.

—Veinte años. Llevo veinte años extraviada —gimió la voz.

En esto comenzó a arañar suavemente desde fuera y la pila de libros se movió como si la empujaran.



Traté de saltar, pero no pude hacer reaccionar ni uno solo de mis miembros; y así fue como grité, delirando de miedo.

Descubrí, para mi desconcierto, que el grito no era imaginario. Unos pasos presurosos se aproximaban a la puerta de mi habitación: alguien la abrió con mano vigorosa, y por las esquinas del techo de la cama se coló el brillo de una luz. Me senté aún temblando y me sequé el sudor de la frente. El intruso pareció titubear y murmuró algo para sus adentros.

Por fin dijo casi susurrando y evidentemente sin esperar una respuesta:

—¿Hay alguien aquí?

Consideré que lo mejor sería revelarle mi presencia, porque había reconocido la voz de Heathcliff y temí que, si me mantenía en silencio, siguiera buscando.

Con esa intención, me giré y abrí los paneles... Tardaré en olvidar el efecto que mi acto produjo.

Heathcliff estaba de pie junto a la puerta, en camisa y pantalón, con una vela goteándole sobre los dedos y el rostro tan blanco como la pared que tenía detrás. El primer trujido del roble le sobresaltó como una sacudida eléctrica: la luz salió volando y cayó a una distancia de varios pasos, y su agitación era tan extrema que casi no podía recogerla.

—Se trata de su huésped, señor —avisé deseoso de evitarle la humillación de seguir haciendo patente su cobardía—. Tuve la desgracia de gritar en sueños debido a una espantosa pesadilla. Siento haberle molestado.

—¡Oh, Dios le confunda, señor Lockwood! ¡Ojalá estuviese en el...! —comenzó mi anfitrión, colocando la vela en una silla porque le resultaba imposible sostenerla de forma estable—. Y ¿quien le ha traído hasta esta habitación? —continuó, clavándose las uñas en las palmas de la mano y apretando los dientes para controlar el temblor de sus mandíbulas—. ¿Quién ha sido? ¡Estoy decidido a echarlos de la casa en este mismo momento!

—Fue su criada, Zillah —repuse, apresurándome a bajar al suelo y a coger mis ropas—. No me importará



en absoluto que lo haga, señor Heathcliff; se lo ha ganado a pulso. Supongo que lo que buscaba era otra prueba de que este lugar está encantado, a mi costa... Bueno, pues lo está... ¡Es un hervidero de fantasmas y duendes! Tiene toda la razón en cerrarlo a piedra y lodo. Se lo aseguro. ¡Nadie le va a agradecer una cabezada en semejante pocilga!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Heathcliff—. Y ¿qué está haciendo? Échese y pase el resto de la noche aquí; ya lo estaba haciendo; pero, ¡por amor de Dios!, no repita ese horroroso sonido... No tiene perdón, a menos que le estuvieran cortando el cuello.

—¡Si la pequeña endemoniada hubiese entrado por la ventana, probablemente me habría estrangulado! —contesté—. No voy a soportar otra vez la persecución de sus hospitalarios antepasados. ¿No estará el reverendo Jabez Branderham emparentado con usted por parte de madre? Y esa descarada de Catherine Linton, o Earnshaw o como se llamase... debió de ser muy voluble, una pobre alma perdida; me dijo que había estado vagando por la tierra estos últimos veinte años. ¡Justo castigo por sus pecados mortales, no cabe duda!

En cuanto hube pronunciado estas palabras recordé que en el libro se asociaba el nombre de Heathcliff al de Catherine, hecho que había estado completamente dormido en mi memoria hasta aquel repentino despertar. Me sonrojé por mi falta de consideración y, evitando que se me notase consciente de la ofensa, me apresuré a añadir:

—La verdad es, señor, que pasé la primera parte de la noche examinando... —aquí volví a parar.

Estaba a punto de decir «examinando esos viejos volúmenes», pero entonces hubiera revelado que conocía lo que en ellos había escrito, además de lo impreso. Así que, me corregí y continué:

—... Examinando y repitiendo el nombre que está grabado en el borde de esa ventana. Una ocupación monótona, que pretendía hacerme conciliar el sueño, como contar, o...

—¿Qué *intenta* diciéndome a mí algo semejante? —tronó Heathcliff con salvaje vehemencia—. ¿Cómo..., cómo



se *atreve* usted bajo mi techo...? ¡Dios, debe de estar loco para hablar así!

Y se golpeó la frente con rabia.

Yo no sabía si debía sentirme agraviado por este lenguaje o continuar con mi explicación; pero él parecía tan absolutamente afectado, que me dio pena y seguí relatándole mis sueños. Le aseguré que jamás había oído antes el nombre de Catherine Linton, pero que, al haberlo leído tantas veces, me produjo una impresión que se materializó cuando dejé de tener mi imaginación bajo control.

Heathcliff, mientras yo hablaba, iba, poco a poco, retrocediendo hacia el recinto de la cama, hasta que finalmente se sentó en ella y quedó casi oculto. Supuse, por su respiración irregular y entrecortada, que luchaba por controlar una excesiva y violenta emoción.

No queriendo que se sintiese observado en su conflicto, continué arreglándome de forma bastante ruidosa, miré mi reloj y solté un discurso sobre la duración de la noche:

—¡Aún no son ni las tres! Habría jurado que eran más de las seis. El tiempo se estanca aquí. Seguro que eran las ocho cuando nos retiramos.

—Las nueve, siempre es así en invierno, y siempre nos levantamos a las cuatro —dijo mi anfitrión, ahogando un quejido y secando una lágrima de sus ojos, según adiviné por el movimiento de la sombra de su brazo—. Señor Lockwood —añadió—, puede ir a mi cuarto. No hará mas que molestar si baja tan temprano; y su grito infantil ha enviado mi sueño al infierno.

—Al mío también —reliqué—. Pasearé por el patio hasta que amanezca, y entonces me iré. No ha de temer que se repita mi intrusión. Ya me he curado el ansia de buscar placeres sociales, sean de campo o de ciudad. Un hombre sensato debe encontrar suficiente compañía consigo mismo.

—¡Deliciosa compañía! —murmuró Heathcliff—. Tome la vela y vaya adonde le plazca. Me reuniré con usted enseguida. Aunque manténgase usted alejado del patio: los perros andan sueltos; y en la casa... está Juno



de guardia... y..., ¡nada!, solo puede deambular por las escaleras y los pasillos. Pero ¡salga usted! Yo iré en dos minutos.

Le obedecí; me alejé lo bastante como para dejar la habitación, pero me detuve enseguida, ya que ignoraba adónde conducían los estrechos corredores. Entonces fui testigo involuntario de la supersticiosa conducta de mi casero, que considero como una curiosa excepción dada su aparente cordura.

Subido en la cama arrancó la celosía y, mientras abría de golpe la ventana, estalló en un incontrolable acceso de llanto.

—¡Entra, entra! —decía sollozando—. Catherine, ven, ¡oh, hazlo... Solo *una* vez más! ¡Oh, queridísima, escúchame hoy, Catherine, óyeme por fin!

El espectro se mostró tan caprichoso como todos los espectros; no dio señal de aparecerse. Lo que sí entró fue una salvaje bocanada de viento y nieve, que llegó hasta donde yo estaba y me apagó la luz.

Había tanta angustia en el arrebato de dolor que acompañaba a aquel desvarío, que mi compasión hizo que pasara por alto su locura. Me alejé, molesto por haberme quedado escuchando y acongojado por haberle hecho partícipe de mi ridícula pesadilla, ya que esta era lo que le había producido semejante agonía; el *por qué* escapaba a mi comprensión.

Descendí cautelosamente a las regiones del piso inferior y acabé en la cocina trasera, donde los restos de un fuego, una vez reunidos y atizados, me permitieron volver a encender mi vela.

Nada se movía, excepto un gato con motas grises que salió de entre las cenizas y me saludó con un maullido de queja.

Dos bancos colocados en semicírculo rodeaban el hogar; me tendí en uno de ellos y el gato ocupó el otro. Estábamos los dos dando una cabezada cuando alguien invadió nuestro refugio. Allí estaba Joseph, arrastrando los pies al bajar por una escalera de madera que llegaba hasta el techo y se perdía en una trampilla: el acceso a su desván, supongo.



Dirigió una mirada siniestra a la diminuta llama que yo había logrado arrancar de los restos de brasa, echó al gato de su pedestal y, acomodándose en el espacio vacante, comenzó la operación de llenar de tabaco una pipa de tres pulgadas¹; mi presencia en su santuario fue evidentemente considerada como un acto de insolencia demasiado vergonzoso para siquiera destacarlo. Aplicó en silencio la boquilla a sus labios, cruzó los brazos y soltó una bocanada de humo.

Vacante: Que esta sin ocupar.

Le dejé disfrutar este lujo sin importunarle; y, después de la última bocanada, lanzó un profundo suspiro, se levantó y se fue tan solemnemente como había venido.

La siguiente entrada fue la de unas pisadas más ágiles. En esta ocasión abrí la boca para dar los buenos días, pero la cerré de nuevo sin haber dicho nada, pues Hareton Earnshaw estaba rezando *sotto voce*² sus oraciones: una sarta de blasfemias contra cada objeto que tocaba, mientras rebuscaba en un rincón una laya o una pala para retirar los montículos de nieve. Se asomó por el respaldo del banco, se le dilataron las aletas de la nariz y no hizo la menor intención de saludarnos ni a mí ni a mi compañero, el gato.

Laya: Instrumento de hierro con cabo de madera, que sirve para labrar la tierra y revolverla.

Supuse, por sus preparativos, que ya se podía salir y, abandonando mi duro lecho, hice además de seguirle. Él lo notó, empujó con el borde de su pala una puerta de comunicación interior, e indicó con un sonido gutural que allí estaba el lugar adonde yo debía ir si deseaba cambiar mi ubicación.

Daba a «la casa», donde las mujeres estaban ya en movimiento. Zillah provocando, con un fuelle colosal, chispas que ascendían por el hueco de la chimenea, y la señora Heathcliff, arrodillada junto al fuego, leyendo un libro al amparo de las llamas.

Mantenia la mano levantada como para protegerse los ojos y parecía absorta en su ocupación, sin dis-

¹ La pulgada equivale a 2,54 cm; por lo tanto, la pipa mide unos 8 cm, aproximadamente.

² «En voz baja». (En italiano en el original).



traerse más que para increpar a la criada por cubrirla de cenizas o para apartar a un perro que, a intervalos, le restregaba el hocico por la cara con demasiada confianza.

Me sorprendió ver a Heathcliff allí también. Estaba de pie junto al fuego, de espaldas a la puerta por la que yo acababa de entrar, terminando una tormentosa escena con la pobre Zillah quien, cada rato, interrumpía su labor para retorcer la punta de su delantal y soltar un gruñido de indignación.

—Y tú, inútil... —estalló al entrar yo, volviéndose hacia su nuera y empleando un epíteto no demasiado hiriente, pero pronunciado con un tono absolutamente ofensivo—. ¡Aquí estás, dedicada a la pereza, como siempre! Los demás se ganan su pan..., ¡tú vives de mi caridad! Guarda esa porquería, y busca algo que hacer. Deberías pagarme por la maldición de tenerte eternamente delante de mi vista, ¿me has oído, mala pécora?

Pécora: Persona muy mala, capaz de hacer daño y de disfrutar haciéndolo.

—Guardaré esta porquería porque, si me niego, es capaz de obligarme —contestó la joven, cerrando el libro y arrojándolo sobre una silla—. Pero no haré nada; puede quedarse sin lengua de tanto jurar, que no haré sino lo que me plazca.

Heathcliff levantó la mano y su interlocutora retrocedió dando un salto hasta una distancia más segura, evidentemente familiarizada con sus agresiones.

Como no sentía deseo alguno de que me amenizaran la mañana con un combate entre perro y gato, me adelanté a toda prisa, como si estuviera ansioso de acercarme al calor del hogar y simulando ignorar la interrumpida disputa. Ambos tuvieron el decoro suficiente para suspender las hostilidades; Heathcliff metió los puños en los bolsillos para evitar tentaciones; la señora Heathcliff arrugó los labios y caminó hasta un asiento relativamente apartado, donde mantuvo su palabra y se comportó como una estatua durante el resto de mi estancia.

Esta no duró mucho. Decliné la invitación para unirme a su desayuno y, con las primeras luces del amanecer, escapé al aire libre, entonces nítido, inmóvil y frío como hielo intangible.



Justo cuando llegaba al final del jardín, oí los gritos de mi casero pidiéndome que esperase, y se ofreció a acompañarme para cruzar los páramos. Fue buena idea, porque toda la falda de la colina era un océano blanco y ondulado en el que los montículos y las hondonadas de nieve no se correspondían con las verdaderas elevaciones y depresiones del terreno. Muchos pozos aparecían perfectamente rellenos; y los montones de material de la cantera, que mi paseo del día anterior había dejado grabados en mi mente, se habían esfumado.

Me había fijado en que, a un lado del camino y a intervalos de seis o siete yardas, una fila de mojones se extendía a lo largo del erial; eran piedras verticales pintadas con cal a fin de servir de guías en la oscuridad, o cuando una nevada, como en esta ocasión, confundía los terrenos pantanosos a ambos lados con la tierra firme. Pero, a excepción de algunos minúsculos puntos oscuros aquí y allá, todo resto de su existencia se había desvanecido; y mi acompañante hubo de advertirme con cierta frecuencia que era necesario girar a la derecha o a la izquierda, cuando yo presumía seguir correctamente las vueltas y revueltas del sendero.

Apenas conversamos, y él se detuvo en la entrada de la Granja de los Tordos para decirme que, una vez allí, no había pérdida. Nuestro adiós se limitó a una apresurada inclinación y yo continué mi camino, confiando en mis propios recursos, ya que la casa del guarda está, por el momento, vacía.

La distancia desde la verja hasta la Granja es de dos millas: creo que me las arreglé para convertirlas en cuatro; me perdí en la arboleda y me hundí varias veces en la nieve hasta el cuello..., un mal trago que solo los que lo hayan experimentado podrán apreciar. En cualquier caso, me perdiera por donde fuese, el reloj daba las doce cuando entré en la casa. Significaba exactamente una hora por cada milla del camino normal a Cumbres Borrascosas.

El ser humano que me había sido adjudicado con los muebles de la casa y sus satélites se apresuraron a darme la bienvenida exclamando, de forma tumultuosa, que me

Yarda: Medida inglesa de longitud equivalente a 91,44 cm.

Mojón: Poste de piedra o señal clavada en el suelo que sirve para marcar el límite de un territorio, o para indicar distancias o direcciones en un camino.



habían dado completamente por perdido; todos suponían que había perecido la noche anterior y estaban pensando cómo organizar la búsqueda de mis restos.

Les pedí que se tranquilizaran, ahora que estaba de vuelta, y, aterido hasta el alma, me arrastré hasta el piso de arriba. Aquí, después de haberme puesto ropa seca y haber andado de un lado para otro durante unos treinta o cuarenta minutos para recuperar la temperatura aconsejable del cuerpo, me he retirado a mi estudio, débil como un cachorro; demasiado débil quizá para disfrutar del alegre fuego y del café humeante que la criada ha preparado para ayudarme a revivir.

Índice

Presentación: EMILY BRONTË	5
Capítulo I	9
Capítulo II	17
Capítulo III	29
Capítulo IV	45
Capítulo V	55
Capítulo VI	61
Capítulo VII	71
Capítulo VIII	85
Capítulo IX	97
Capítulo X	117
Capítulo XI	139
Capítulo XII	153
Capítulo XIII	169
Capítulo XIV	183
Capítulo XV	195
Capítulo XVI	207
Capítulo XVII	213
Capítulo XVIII	235
Capítulo XIX	247
Capítulo XX	255
Capítulo XXI	263
Capítulo XXII	285
Capítulo XXIII	293
Capítulo XXIV	303

Capítulo XXV	317
Capítulo XXVI	323
Capítulo XXVII	329
Capítulo XXVIII	345
Capítulo XXIX	355
Capítulo XXX	363
Capítulo XXXI	371
Capítulo XXXII	379
Capítulo XXXIII	393
Capítulo XXXIV	403
Apéndice: <i>Una carta de Catherine</i>	417

Cumbres Borrascosas



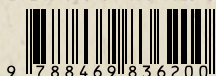
El señor Earnshaw, dueño de Cumbres Borrascosas y padre de Catherine y de Hindely, adopta a Heathcliff, un niño huérfano. Entre Heathcliff y Catherine surgirán inmediatamente poderosos lazos que irán más allá de la amistad y del amor. Pero Hindley no soporta al intruso y hará de la vida de su hermanastro un infierno. Cuando Catherine, cediendo a las convenciones sociales, traba amistad con su vecino Edgar, Heathcliff desaparece. Volverá a Cumbres Borrascosas convertido en un ser sin escrúpulos, dispuesto a vengarse de ellos y de sus descendientes.

Desde los salvajes páramos de Yorkshire, Emily Brontë escribió esta arrebatadora historia de pasión y amores cruzados considerada como una de las grandes novelas de la literatura inglesa.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-3620-0



9 788469 836200

1566087



ANAYA